



Capítulo 414 - Orgullo del dragón

Las llamas que consumían el cielo finalmente retrocedieron, como si el universo mismo hubiera contenido la respiración. Un denso silencio cayó sobre el campo devastado, más ensordecedor que cualquier explosión.

En los bordes de la arena fragmentada, los dioses finalmente se movieron. Sin prisas. Sin urgencia. Como pilares antiguos que presencian otra página sangrienta de la historia escrita ante sus ojos.

Morrigan cruzó los brazos con peligrosa facilidad. Sus ojos, negros como pozos sin fondo, seguían cada movimiento en el campo de batalla con la atención de un depredador silencioso. Sus labios medio abiertos dejaron escapar un suspiro casi imperceptible.

—Así se mueve... —murmuró, más para sí misma que para cualquier otra persona. Había fascinación en su voz. Y quizás...una sombra de arrepentimiento.



Susano'o permaneció de pie, firme, como una estatua viviente. Su mano descansaba a pocos milímetros de la empuñadura de la katana ancestral que colgaba de su espalda. No por miedo. Nunca por miedo. Fue reverencia.

Respeto a dos fuerzas que lucharon no sólo con el poder, sino con el peso de siglos incrustado en sus puños.

"Ella no sólo domina la batalla", respondió con la voz baja como un trueno contenido. "Ella da forma a todo el campo... incluso en desventaja."



Observó el sutil control de Crimsarya sobre el espacio que la rodeaba, la forma en que cada llama parecía responder no a su voluntad, sino a su estado mental.

"Eso es más que fuerza. "Es elegancia marcial."

A kilómetros de distancia, bajo la protección de una formación rocosa reforzada por runas pulsantes, se encontraban Vergil, Sapphire y Sepphirothy. Los tres observaron la batalla desde lejos, pero no había verdadera seguridad cuando los dioses se batieron en duelo. Cada ola de energía reverberaba como un trueno embotellado —una advertencia constante de que la corteza de la realidad podía ceder en cualquier momento.

Virgilio permaneció de pie con los brazos cruzados y los ojos fijos en el horizonte roto. Su rostro era el de un general silencioso. No fue sólo la pelea lo que le preocupó—sino lo que despertó.

"No sólo están peleando entre ellos..." dijo, casi sin voz.

Zafiro, arrodillado entre dos rocas, respiraba con dificultad. La intensidad de las fuerzas en el campo era tal que los mismos elementos que los rodeaban estaban agitados — la roca crujía, el viento temblaba. Aún así, mantuvo los ojos abiertos, firmes, como si se negara a perderse un solo segundo.

"Están peleando por puro ego..." añadió con la voz temblorosa. Una frase que pesaba más de lo que parecía.

Sepphirothy permaneció inmóvil. El cabello blanco revoloteaba alrededor de su rostro sereno y sus ojos azul cielo parecían atravesar el espacio y el tiempo. Finalmente habló, con la cruel calma de quien entiende la eternidad:





"Qué orgullo tan inútil." Nadie respondió. Porque no había nada más que decir.

En ese momento, mientras el hielo y el fuego se entrelazaban en el cielo, no era sólo una batalla que se libraba. Fue una gran guerra.

En el centro del campo destruido, Crimsarya flotaba, con su cuerpo erecto como una diosa caída. Detrás de ella, el fuego escarlata tomó forma, como alas que fluían bailando al ritmo de su corazón tranquilo.

Abajo, el hielo se extendió.

Rápido.

Insistente.

Incontrolable.



Nivara se paró sobre tierra firme, sus pies congelaban la tierra con cada paso. Los cristales crecieron como hojas blancas, atravesando el suelo con grietas secas. Su rostro permaneció impassible—o al menos lo intentó.

Pero Crimsarya vio el temblor en sus cejas, el ligero rechinamiento de dientes entre ataques. Ella se dio cuenta.

"Estás nerviosa", dijo, rompiendo el sonido del aire con su voz firme y suave. "¿Por qué, Nivara?"

Un chorro de hielo salió disparado en respuesta, curvándose como una serpiente para golpearla en el aire. Crimsarya esquivó con un ligero giro de su



cuerpo, como si bailara en medio de la tormenta. La lanza congelada la atravesó y desapareció en la distancia, explotando en una montaña.

"No cambies de tema."

Nivara no respondió. En cambio, ella saltó. Un rastro de cristales se formó bajo sus pies, como escalones congelados, hasta que llegó a Crimsarya en el cielo.

El aire que los rodeaba se congelaba y ardía al mismo tiempo. Una contradicción viva.

"No tienes derecho a cuestionarme", gruñó Nivara, y sus manos se levantaron, formando dagas translúcidas que se arremolinaban alrededor de su cuerpo como un enjambre mortal. "Tú... eres la causa de todo. El comienzo del otoño."

Crimsarya no se movió. Ni una sola vez. Sus ojos ardientes nunca abandonaron el rostro de su rival.

"Y todavía estás atrapado en ese momento."

Las dagas volaron. Cada uno cortando el aire con la velocidad del pensamiento. Pero ninguno de ellos la tocó.

Crimsarya los esquivó con movimientos pequeños y precisos. Ni siquiera parecía que estuviera peleando. Era como si supiera dónde no estar. Una danza silenciosa contra la furia congelada.

Su calma era insoportable para Nivara.





"¡Tú...!" Nivara gritó con la voz quebrada. "¿Cómo puedes mantener esa maldita serenidad?!"

"Porque he perdido lo suficiente para entender que ya no vale la pena", respondió Crimsarya, con un tono tan sólido como la lava que fluye bajo sus pies invisibles. "Todavía luchas por el orgullo. Yo... simplemente existo más allá de eso."

Nivara retrocedió por un segundo. Las palabras pesaban más que un ataque físico. Su rostro tembló —una pequeña grieta en la armadura emocional que había construido durante eones.

Pero el hielo no retrocede fácilmente.

El frío responde al calor con triple fuerza.

Levantó los brazos y el cielo comenzó a nevar en fragmentos de hielo verdadero —no mera agua congelada, sino la esencia de la eternidad congelada, capaz de destrozar incluso la materia divina. El suelo estaba cubierto por una capa cristalina. La arena se convirtió en una prisión de espejos blancos.

Crimsarya miró a su alrededor. Sus botas tocaron el hielo y sintió la presión en sus músculos; su forma casi intentaba ceder a la presencia opresiva de la Emperatriz de Hielo.

"Basta", murmuró y volvió a elevarse en el aire. Sus piernas se disolvieron en llamas y ahora flotaba completamente por encima de la capa de hielo.

"Si voy a pelear contigo, no será en tu territorio"





Se lanzó a un torbellino carmesí, girando con la fuerza de una estrella moribunda. Nivara intentó levantar una pared de hielo, pero ya era demasiado tarde.

Crimsarya rompió la barrera y, con un fuerte giro de cadera, asestó un puñetazo directo en la cara de su rival.

¡CRACK!

El sonido resonó como un trueno.

Nivara fue arrojada del cielo como una estrella fugaz. Su cuerpo se estrelló contra el suelo con una violencia absurda, abriendo un cráter de decenas de metros de ancho. Cristales destrozados. Las montañas temblaron.

El polvo, la nieve y las brasas volaban en todas direcciones.

Y luego—silencio.

Crimsarya descendió lentamente, con sus botas flotando a unos centímetros del suelo helado. Miró el centro del cráter, donde Nivara yacía jadeante, demasiado débil para levantarse inmediatamente.

Ella no sonrió.

Ella no celebró.

Ella acaba de hablar.





"Por favor... basta."

El polvo aún no se había asentado cuando Crimsarya dio otro paso.

"Han pasado años. Éramos hermanas antes de eso. Emperatrices de reinos olvidados... y ahora sólo somos sombras peleando por recuerdos rotos."

Nivara intentó levantarse. Su cuerpo tembló. Sus ojos todavía brillaban con el poder del Hielo Verdadero—, pero ahora había dudas al respecto. ¿Miedo? No. Algo más... cansado.

"Si continuamos así", dijo Crimsarya con la voz cargada de verdad, "vendrán"

Nivara parpadeó.

"Ellos...?"

"Los de arriba." Crimsarya levantó los ojos hacia el cielo roto, donde todavía pulsaban grietas negras, como cicatrices que nunca se cerraban. "Si continuamos, nos sellarán de nuevo. Como lo hicieron antes. Y esta vez... puede que sea para siempre."

El silencio regresó.

Nivara miró fijamente a Crimsarya durante largos segundos. Sus músculos se tensan. La ira sigue burbujeando, pero... ahora mezclada con un amargo sabor de reconocimiento.

"Yo..." Pero ella no terminó.





El polvo se asentó. El campo quemado y helado contó su historia — otra vez... Y por ahora lo único que quedaba era decidir si sería el final... o un nuevo comienzo.

...

[En otro mundo...]

La realidad allí no estaba hecha de materia, ni de energía ordinaria— estaba hecha de ideas olvidadas, ecos de creaciones antiguas, sueños muertos de dioses que ya no existen.

El espacio a su alrededor se ondulaba suavemente como si respirara, y en la distancia, entre los pliegues del infinito, se encontraba Yggdrasil — el Árbol que entrelazaba mundos, conectando existencias, líneas de tiempo, realidades paralelas y mundos que nunca deberían haber existido.



Era gigantesco, imposible de medir. Sus ramas se extendían por miles de millones de kilómetros, entrelazándose con planetas, lunas, estrellas muertas e incluso conceptos abstractos. Algunas hojas brillaban como nebulosas vivas. Otros se pudrieron lentamente, exudando una melancolía cósmica.

En el cielo sobre este no-lugar, al borde de la Nada, un Dragón Rojo de proporciones absurdas se deslizaba sin esfuerzo. No agitó sus alas— simplemente lo hizo. Tenía los ojos cerrados. Su cuerpo serpenteaba lentamente a través de constelaciones, como si hubiera estado durmiendo desde el principio de los tiempos. Cada latido de su corazón resonaba como el colapso de las galaxias.

Pero allí no había paz.



En un pequeño y solitario fragmento de asteroide flotante... había una niña.

Medía unos 5 pies de alto, descalza, tocando las frías y antiguas rocas de ese pedazo olvidado del cosmos. Su vestido negro ondeaba sin viento, claro como una sombra, salpicado de pequeños puntos brillantes que parecían estrellas moribundas.

Su cabello liso y negro caía suavemente sobre sus caderas y sus ojos morados brillaban con una especie de tristeza que ni siquiera los dioses podrían entender.

Ella observó.

Como alguien que ya lo había visto todo antes.

Como alguien que había vivido más de lo debido.

Y entonces, con un dulce y solitario suspiro, su voz rompió el silencio del universo:

"Yggdrasil... está en problemas..." Su voz era baja, pero atravesaba el vacío como un susurro divino.

Ella miró hacia arriba. Allí estaba — el Dragón.

Inmenso. Rojo como sangre primordial. Un dios que se negó a morir.





"¿Por qué no mueres... y me haces feliz... vagando por mi infinito... dejas de hacer ruido en mi infinito..."

El dragón no respondió. Él nunca respondió.

Pero ella sabía que él la escuchó.

Él siempre lo hizo.

Ella se sentó lentamente en el borde del asteroide. Dejó sus pies colgando en el vacío, como si fuera un patio de recreo y no el espacio entre mundos. Cerró los ojos por un momento y su respiración pareció sincronizar las estrellas que la rodeaban.

"Dos dragones bebés están peleando..." Ella se rió, un sonido delicado, casi infantil. Pero en sus ojos había cansancio. Peso. "Yggdrasil está en problemas..."



Ella abrió los ojos de nuevo. Y ahora brillaban más intensamente. No sólo morado. Allí había un fuego oculto, una chispa de algo mucho más grande.

"Si esto continúa... todo comenzará de nuevo, ¿no?" Pausa. Ella levantó la vista, ahora más seria.

"¿Cuántos de ellos aún podían oír la batalla e ir a interferir?..."

El dragón permaneció en silencio. Pero algo en él estaba cambiando. Un músculo sutil se movió. Una vibración en el cosmos se desplazó. Quizás... se estaba despertando. O....recordando.



"Podrías hablar, al menos mostrarme tu... terquedad." La voz de la niña se hizo más tranquila. "No quieres morir y no quieres hablar conmigo. Eres molesto."

Silencio.

Y luego ella sonrió. Una sonrisa delicada y terrible. "Cuando te mate, será una gran paz, Dragón Rojo"

Su cuerpo brilló brevemente con una luz púrpura y, por un momento, el universo pareció dudar. Como si contuviera la respiración.

"Si los bebés continúan..." Ella se puso de pie. El vestido negro ondeaba como humo vivo. "...Tendré que intervenir."

Miró por última vez a Yggdrasil. Una hoja de oro cayó de una de sus ramas, desintegrándose antes de tocar el suelo.

La niña suspiró.

Y caminó hacia el vacío.

